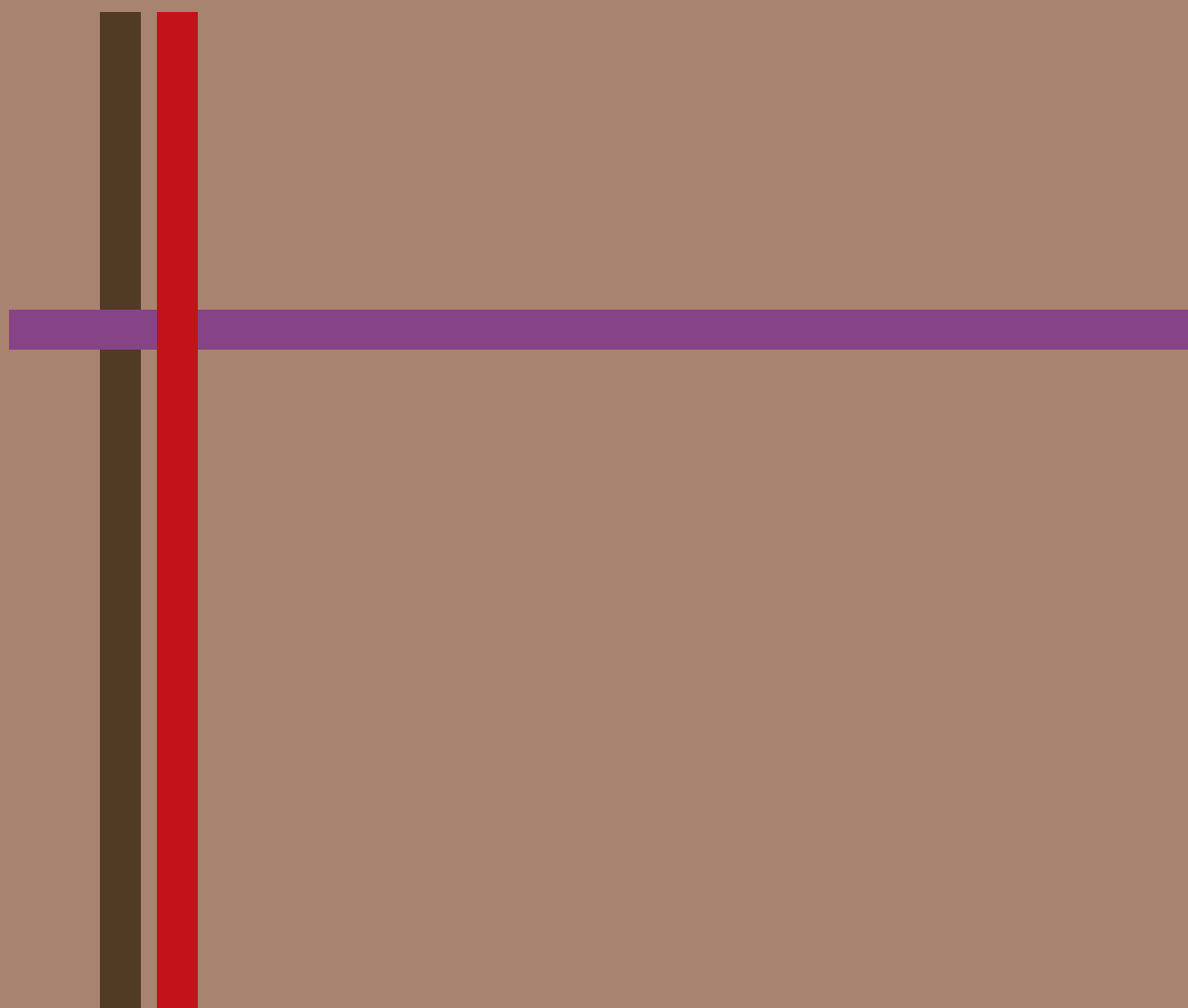


Guía educativa

Masculinidad

y

violencia familiar



Guía educativa

Masculinidad

y

violencia familiar



**“Masculinidad y violencia familiar”
GUÍA EDUCATIVA**

© Movimiento Manuela Ramos
Juan Pablo Fernandini N°1550, Pueblo Libre
Lima 21 - Perú
Teléfono: 423 8840
Fax: 431 4412
Correo electrónico: postmast@manuela.org.pe
<http://www.manuela.org.pe>

Coordinación:
Gina Yáñez De la Borda

Autor:
Miguel Ramos Padilla

Edición y corrección de texto:
Patricia Zanabria Castillo
Teresa del Pilar de la Torre Salazar

Diseño y diagramación
Gabriela Zenteno Vargas

Fotos:
Mildred Altez Brenner

Reimpresión: 3500 ejemplares
Lima, julio de 2009.

Hecho el depósito legal de la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-08074
ISBN: 978-9972-763-47-2

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo- AECID, la Fundación Caja de Granada y la Fundación Solidaridad Internacional.

ÍNDICE

1.	La construcción social del género masculino.....	1
2.	La construcción social de la sexualidad masculina.....	9
3.	La masculinidad y la violencia contra la mujer.....	17
4.	Cómo detener la violencia contra la mujer.....	25
5.	Bibliografía.....	33

PRESENTACIÓN

El Movimiento Manuela Ramos que viene trabajando desde hace tres décadas por la promoción y defensa de los derechos de las mujeres, reconoce que en esta tarea se requiere del desarrollo de nuevas estrategias y contenidos, por ello en este documento incorpora la masculinidad, como un aspecto crucial en la lucha contra la violencia hacia las mujeres, desde una perspectiva de género.

Pretendemos motivar la reflexión en torno a la construcción socio-cultural de la identidad y la sexualidad masculina, su relación con la violencia hacia las mujeres y la posibilidad de detenerla.

La elaboración de esta guía estuvo a cargo de Miguel Ramos Padilla, Coordinador del “Programa Hombres que Renuncian a su Violencia” de la Universidad Peruana Cayetano Heredia; con un lenguaje claro y sencillo que permite potenciar su uso, para centrar la atención sobre las relaciones de género en nuestra sociedad y apostar por un mundo con equidad y sin violencia, donde hombres y mujeres podamos desarrollarnos plena y libremente.

Dada la acogida que tuvo la guía en su primera edición y la escasez de materiales sobre masculinidad y violencia en nuestro medio, se logró la reimpresión de ésta, gracias al apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo - AECID, la Fundación Caja Granada y la Fundación Solidaridad Internacional en el marco del “Convenio Empoderamiento para la Mujer en Perú y Bolivia”.

Patricia Zanabria Castillo
Programa Derecho a una Vida sin Violencia
Movimiento Manuela Ramos

Lima, julio de 2009

1. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL GÉNERO MASCULINO



1.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL GÉNERO MASCULINO

Si hacemos un pequeño esfuerzo por recordar, muchas veces hemos escuchado frases como éstas, o nosotros mismos, con toda la naturalidad del mundo, las hemos utilizado en diversas circunstancias.

“Las mujeres, por naturaleza, son más sensibles que los hombres”

“Los hombres, por naturaleza, somos más duros que las mujeres”

“¡Los hombres no lloran!”

“¡Sólo los marícones tienen miedo!”

“Esto es trabajo de hombres”

“Esas son cosas de mujeres”

“¡Patea con fuerza, como hombre!”

“¡Habla más fuerte, como hombre!”

Ante una mala maniobra en la conducción de algún automóvil: *“¡Seguro que es mujer!”* o *“¡Tenía que ser mujer!”*.

“La mujer es de la casa, como el hombre de la calle”.

“El hombre es el jefe del hogar”

Probablemente, nunca nos hemos preguntado sobre la validez de estas afirmaciones, simplemente las damos por ciertas. Ninguna de estas situaciones es natural, sino que todas ellas son productos culturales. Es decir, todas han sido creadas por la sociedad y duramente inculcadas a cada uno de sus miembros mediante un largo proceso de aprendizaje, al cual se le denomina socialización.

Así desde el mismo momento en que un(a) recién nacido(a) es identificado(a) por sus genitales como varón o mujer, la sociedad en su conjunto se pondrá en movimiento para hacer de él o ella, lo que la sociedad entiende por “ser hombre” o “ser mujer”. Se inculcará determinadas formas de vestirse, de comportarse, de expresarse, muy distintas para hombres y para mujeres, y en muchas ocasiones, opuestas, reprimiéndoles a cada quien la posibilidad de comportamientos o expresiones no señalados para cada sexo.

Observamos cómo, desde el nacimiento, sobre el niño y la niña ocurren prácticas con un fuerte significado de diferenciación: sólo a las niñas se les coloca aretes, el tipo y color de ropa es diferente, a medida que pasan los días el corte de pelo y peinado son distintos. En los primeros años de vida, cuando no existen diferencias físicas notorias entre

niños y niñas, cuando no se los(as) exhibe desnudos(as) y no pueden notar sus órganos sexuales diferentes, estas prácticas permiten al niño y a la niña saber que pertenecen a colectivos distintos. Posteriormente, el trato que reciben de las personas mayores y la observación de comportamientos propios al género en el que se identifican, les indica cómo debe comportarse él o ella.

La construcción del poder de los hombres sobre las mujeres

No obstante, más allá de todas estas diferencias que niñas y niños interiorizan de forma progresiva, existe un elemento central que está en la base de la necesidad de marcar características opuestas entre hombres y mujeres. Los niños, desde muy pequeños, van asumiendo la convicción de que pertenecen a un colectivo masculino con características de superioridad y autoridad sobre las mujeres. Y ellas crecen con la convicción de ser inferiores a los hombres.

Niñas y niños aprenden que ser varón es ser más importante que ser mujer. Los niños son informados de su superioridad a través de múltiples detalle. Aquí algunos ejemplos:

- La captación de la mayor importancia del padre en casa, de cómo es servido por la madre y de cómo él tiene la última palabra en las decisiones.
- El trato preferente hacia él mismo respecto a las mujeres. A sus hermanas, aún a las mayores que él, se les ordena que le presten servicios.

- La captación de la importancia de los varones y de las ocupaciones de ellos. Principalmente del rol como proveedor.
- La percepción, en los medios de comunicación, que los roles protagónicos de mando son desempeñados por hombres en el ámbito público.
- La percepción que las mujeres son las únicas que tienen que ser protegidas en los espacios públicos. De cómo cada vez que sus hermanas salen a la calle, él es enviado a protegerlas y a "hacerlas respetar" frente a otros.
- El aprendizaje desde niños, del supuesto privilegio de los hombres de invadir, en diversas circunstancias, el cuerpo de las mujeres. Como cuando en época de carnavales los niños consideran que es normal agredir tanto a niñas como a mujeres adultas "solas" en las calles.
- La captación que las mujeres siempre deben ser tuteladas por los hombres. Desde muy niños interiorizan el mandato de proteger a las mujeres, incluso cuando éstas son mayores. Como cuando el padre sale de viaje y le dice: "ahora



La construcción del poder de los hombres sobre las mujeres

tú eres el hombre de la casa, cuida a tu mamá y a tus hermanas".

- Los niños aprenden que ser hombres encierra la capacidad de mantener autoridad sobre las mujeres, de, ser servido por ellas. También, que su hombría depende de la capacidad de proteger a las mujeres, consideradas como suyas, del acoso sexual de otros hombres.

Con todo esto el niño y la niña aprenden que sus espacios supuestamente "naturales" son el público y el doméstico respectivamente, y que las actividades de los hombres adultos deben desarrollarse principalmente fuera de la casa y de las mujeres al interior del hogar. Esto probablemente se origina del hecho que son las mujeres las únicas que pueden engendrar vida en sus cuerpos y, por tanto, se les asigna todas las tareas en relación al hecho de la maternidad, como son las de la crianza de las hijas e hijos y el cuidado del entorno doméstico. Mientras que los hombres, carentes de esa capacidad biológica, asociamos nuestras actividades como extra domésticas. Las actividades en el ámbito público son más valoradas. Mientras que las actividades domésticas no son valoradas al mismo nivel, porque se juzgan que sólo responden a la naturaleza de la mujer.

Así, entonces, podemos ver cómo, en base a la existencia de características físicas distintas, partiendo de una diferencia en los órganos sexuales, la sociedad construye una desigualdad social. Nada de lo que hasta aquí hemos expuesto es natural, todo es construido culturalmente e impuesto a hombres y mujeres, desde el momento mismo del nacimiento. A esto es lo que llamamos **género**. Entonces, cuando hablamos del género masculino y femenino, no estamos refiriéndonos sólo a las diferencias físicas sexuales, sino fundamentalmente a la distinta valoración social que se le da a cada sexo, a los diversos roles de poder y sumisión que se atribuye a cada sexo, nada de lo cual fue dado por la naturaleza.

La sociedad y la cultura nos exigen que nos formemos como determinados hombres y mujeres. A los hombres, socialmente, nos exigen que seamos activos, incisivos, físicamente fuertes, porque debemos estar siempre en competencia con los otros hombres, tanto para conquistar espacios en el trabajo como a las mujeres. A la vez, todo eso es útil para imponer autoridad en casa, pues incluso en algunas oportunidades los varones aplicamos mayor fortaleza física para lograrlo. Mientras que a las mujeres, sus roles de crianza y de cuidado las insta a ser delicadas, tiernas, perceptivas; su posición subordinada les exige ser sumisas y pasivas, por lo cual tampoco

se les demanda mayor desarrollo muscular ni mucho ejercicio físico.

La función de la represión de los sentimientos en el aprendizaje del rol de autoridad y en el ejercicio del poder de los hombres

Una de las características centrales en nuestra construcción como hombres, es decir, en el aprendizaje de nuestro rol como autoridad y dominador, es a través de la represión de los sentimientos considerados de debilidad, de vulnerabilidad y por tanto femeninos. Estos son, la expresión del dolor, del miedo, del afecto, de la compasión, de la vergüenza, los cuales son considerados contraproducentes para los objetivos de control y dominio, y por tanto, son reprimidos. Una de las formas más eficaces de represión cuando se expresa cualquiera de estas emociones es feminizando al niño y de esta

manera colocándolo en ridículo. El niño aprende que ser comparado con una niña o con un "maricón" (es decir con alguien que supuestamente se parece a una mujer) es desvalorizarlo, pues las mujeres tendrían menos valor frente a los hombres y por tanto, se sienten atacados en su autoestima.

Así por ejemplo, cuando un niño expresa dolor mediante el llanto, se le dice:

*¡Pareces una niña,
los hombres no lloran!*

O cuando expresa temor de ir a algún lugar oscuro o desconocido, se les dice bruscamente:

*¡Los hombres no tienen miedo,
pareces una mujercita!*

Del mismo modo tampoco pueden expresar afecto libremente. Al respecto, nos cuenta una amiga que su hijo de ocho años siempre fue muy espontáneo en expresar sus afectos, como por ejemplo, dar un beso a familiares hombres y mujeres, hasta que fue a casa de un tío. Al intentar el niño hacer lo mismo con él, lo detuvo "¡eres hombrecito o mujercita, los hombres no dan beso a otros hombres, sólo la mano!", Desde entonces el niño no acepta besar a hombre alguno, ni a su padre, por más que se le explique lo equivocada que resulta esa posición.



La función de la represión de los sentimientos en el aprendizaje del rol de autoridad y en el ejercicio del poder de los hombres

La única emoción, que cuando es expresada por los niños no es objeto de burla, es la ira, puesto que ésta cumple un papel importante en el ejercicio de la autoridad sobre las mujeres. No es que los sentimientos considerados femeninos ya no serán experimentados por los hombres, sino que a fuerza de represión, poco a poco ya no son identificados. Entonces, cada vez que sentimos dolor o miedo ya no los identificaremos y todo lo confundiremos con cólera o rabia.

Todos los sentimientos son pulsaciones naturales que tenemos los seres humanos frente a la interpretación que hacemos de los eventos de la vida diaria. Estos son necesarios de ser identificados y expresados, pues cada uno cumple un rol importante en nuestras vidas. Así por ejemplo, el miedo funciona como una alarma que nos indica que nuestra integridad física o nuestra vida están en peligro. Si no lo identificamos porque "los verdaderos hombres no le temen a nada", podemos tomar acciones imprudentes que pongan en peligro nuestras vidas y las de los que nos rodean. Por eso mismo, en nuestro país, por cada mujer que muere por causa violenta mueren cuatro hombres (en homicidios, suicidios, accidentes de tránsito y de todo tipo). Muchos hombres expresan cólera, cuando en realidad tienen miedo. Del mismo modo, la ira funciona como una careta: parece que están enojados, pero en realidad están tristes.

La insensibilidad masculina", esa falta de capacidad inculcada de no percibir una diversa gama de sentimientos en los varones, haría que tampoco puedan ser percibidos en los demás, pues actuaría como una armadura tanto hacia los(as) otros(as) como hacia ellos mismos. Muchos hombres se sienten como si estuvieran encerrados en sí mismos; tienen el deseo de acercarse afectivamente a otras personas, en especial a sus hijas, hijos, pareja, pero se sienten incapaces. Así, podemos ver que la insensibilidad de los hombres no es natural, sino aprendida mediante un duro proceso de socialización.

De la misma manera, como dice Pierre Bourdieu,¹ la llamada intuición femenina", o esa mayor sensibilidad concebida como un atributo "natural", no es exclusiva de las mujeres, sino de todos los seres que tienen una posición subordinada. Pues el mayor desarrollo de estas cualidades es esencial para anticiparse a los deseos y las necesidades del amo y de esta manera evitar el castigo e incluso la muerte. Sus roles de atención, que se extienden también al cuidado de las hijas e hijos, hacen que estas competencias hayan sido incentivadas desde la infancia. Los hombres, a quienes nos cuesta percibir incluso las necesidades del propio cuerpo, lo que nos hace perder la capacidad del autocuidado, dependemos

¹ BOURDIEU, Pierre 2000. "La dominación masculina", Anagrama, Barcelona

de los cuidados femeninos. Esto hace también, a su vez, remota la posibilidad de percibir y atender las necesidades de otros cuerpos, tan necesarias, por ejemplo, para la crianza de nuestras hijas e hijos.

En la actualidad, dados los cambios en los mensajes oficiales respecto a la igualdad de género y a los hechos que evidencian el desarrollo alcanzado en todos los campos por las mujeres, nuestros discursos también vienen cambiando. Decimos que somos iguales hombres y mujeres, que tenemos iguales derechos. Sin embargo, seguimos esperando servicios de las mujeres, y cuando no los recibimos, sentimos malestar.

Ya no hay nada que nos permita fundamentar la superioridad de los hombres, pero aún sale desde nuestras entrañas la convicción de que lo somos. Muchas de nuestras creencias de género siguen enraizadas en nuestro subconsciente, más allá del discurso adecuado utilizado, por el largo y duro trabajo de la socialización recibida.

Requerimos un ejercicio permanente de cuestionamiento a nuestras creencias y no asumir nada como natural, para superar este duro lastre que arrastramos.

2. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA SEXUALIDAD MASCULINA



2.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA SEXUALIDAD MASCULINA

Desde nuestra adolescencia hemos escuchado frases alusivas a la sexualidad de los hombres o de lo que se espera, en términos de comportamiento sexual, del “verdadero hombre”.

Entre las frases más comunes están:

“Los hombres por naturaleza, tienen más necesidades sexuales que las mujeres”.

“La sexualidad de los hombres es irrefrenable”.

“Ella me provocó y uno es hombre”, justificando un acto de violencia sexual.

“Para los hombres cualquier hueco es trinchera”.

argumentando que los hombres no pueden ser selectivos y negarse ante la posibilidad de una relación sexual e incluso con un homosexual.

“Solterón maduro, maricón seguro”

puesto que una de las formas de probar a los demás nuestra heterosexualidad está en la unión con una mujer (porque los hombres, como veremos, siempre debemos estar demostrándolo) y la otra es nuestra capacidad de engendrar hijas e hijos con ella.

La identidad masculina ha sido construida en base a pruebas que cada varón deberá pasar para ser considerado como un “verdadero hombre”. Como vimos en el primer capítulo, durante la niñez el aprendizaje destinado a reprimir la expresión de sentimientos considerados femeninos es central en ese camino. Los hombres aprendemos que tenemos que probar a cada instante nuestra hombría, como si ésta fuera una cualidad siempre en peligro de perderse. Durante la adolescencia, la sexualidad se convertirá en el eje que pondrá a prueba nuestra hombría.

La sexualidad de cada adolescente se expondrá a la revisión pública de sus pares. Deberá "hacer gala" de todos sus actos, para que no quepa la menor duda de que se actúa sexualmente como se espera que actúe el "verdadero hombre". De la aceptación de los otros respecto a nuestro comportamiento sexual, dependerá nuestra masculinidad.

Características de la sexualidad masculina hegemónica

Según Juan Carlos Hernández², luego de diversas investigaciones sobre el comportamiento sexual masculino dentro de la cultura hegemónica, concluye que la sexualidad masculina aparece como:

Obligatoria

Porque el "verdadero hombre" no puede decir "no" ante la posibilidad de una relación sexual, pues de lo contrario se dudará de su hombría. Se supone que los hombres siempre desean tener relaciones sexuales y, si no es así, deberán aparentar que lo desean. Lo central de esta característica es demostrar la actividad sexual.

En ese sentido resulta interesante una de las experiencias que contaba una trabajadora sexual

en una larga entrevista a un medio periodístico. Un grupo de adolescentes ingresa al prostíbulo y empujan a uno al cuarto de esta mujer. Era su primera vez y el chico ingresa temblando, en esas condiciones no puede consumar la relación sexual y se pone a llorar. Ella intenta calmarlo diciéndole que no se preocupe que en otra oportunidad lo disfrutara. Él le responde

*"qué le voy a decir a mis amigos,
se burlarán de mí".*

Entonces, la mujer lo consuela diciéndole que le dirá que se comportó como todo un campeón y le cambia la cara al muchacho. Cuando se abre la puerta, ella les dice a los jóvenes eso mismo y todos se van abrazados, riendo y felicitando al debutante. Para ese muchacho lo importante no era la posibilidad de una nueva experiencia placentera, sino la demostración de su hombría.

Competitiva

Con otros hombres, puesto que se sentirá más seguro de su hombría en tanto puede exhibir más conquistas sexuales que los demás. Esta sexualidad se disfruta, muchas veces, no tanto por

² HERNANDEZ, J.C. 1995, Sexualidad Masculina y Reproducción. "¿Qué va decir papá?. Coloquio Latinoamericano sobre "Varones, Sexualidad y Reproducción". Zacatecas-México, 17 y 18 de noviembre de 1995.

sí misma o por el placer de estar con otra persona, sino por la sensación de que se aumenta una raya más en la pared con el número de sus conquistas. El placer se encuentra en la derrota de los otros reales o imaginados. Una masculinidad sujeta cada día a ser probada, mantiene a muchos hombres en una inseguridad permanente, respecto a si pasarán la prueba. Otra de las variantes de esta competencia entre hombres es la búsqueda de feminizar al otro y así sentirse en un peldaño más alto que los demás en el grado de hombría y de esta forma aumentar su seguridad y reafirmar su identidad masculina. Por eso, son frecuentes las "metidas de mano", los toques y las mutuas acusaciones de homosexualidad entre los adolescentes.

Violenta

Lo anterior hace que los mismos hombres no respeten sus propios ritmos y gustos pues se ven culturalmente obligados a adaptarse al modelo propuesto del "verdadero hombre". Por tanto, en primer lugar, el varón ejerce violencia contra sí mismo. En segundo lugar, esta sexualidad es violenta para las personas con quienes está el varón, pues sólo las utiliza para alcanzar una mayor puntuación que los demás y, por tanto, tampoco son consideradas sus necesidades, ritmos, tiempos y placeres. La sexualidad es fantaseada como una forma de sometimiento de los débiles tal como son consideradas las mujeres y los homosexuales. En América Latina, la afirmación de la sexualidad masculina incluye prácticas homosexuales como prueba del supermacho, en tanto tenga el rol activo, puesto que someter sexualmente a otro varón, feminizándolo, es la mayor prueba de hombría.

Mutilada

Porque el "verdadero hombre" sólo utiliza el pene para la relación sexual, u otro sustituto de aquel como los dedos o la lengua, puesto que sólo de esa forma mantendrá su rol activo. El hecho "de incorporar otras partes de su cuerpo para lograr placer significa colocarse en posición pasiva,



Características de la sexualidad masculina hegemónica

como las mujeres y los homosexuales. De esta manera los hombres, que se acercan a este estereotipo sexual, pierden las inmensas posibilidades de riqueza sensorial que constituye el incluir a todo el cuerpo como receptor de caricias placenteras y de cercanía afectiva con la otra persona. Por eso mismo, asumir esta característica de la sexualidad masculina hegemónica incluye necesariamente la auto mutilación.

Homofobia

El sentimiento de inseguridad que constantemente ronda en los hombres, por la manera en que se construye la masculinidad, produce el rechazo a la cercanía del cuerpo de otro hombre, por el temor a que entre en sospecha el objeto de su deseo sexual a los ojos de los demás y ser acusado de homosexual y, también por el riesgo a ser dominado y feminizado sexualmente por otros hombres más fuertes. La única forma autorizada de tocar el cuerpo de otro hombre es a través de golpes y violencia. Por esto los adolescentes, en su necesidad de contacto con sus pares, juegan a "luchitas" interminables y a golpear a sus amigos, cuando en el fondo les gustaría abrazarlos, sin que esto necesariamente implique algún grado de deseo sexual. La homofobia llega a ser una verdadera cruz para aquellos que por algún contacto sexual con otro hombre en algún momento de su vida, viven con la eterna duda sobre su orientación sexual.

Irresponsable

El mito de la sexualidad masculina como naturalmente irrefrenable, impulsiva, incontrolable, ha trasladado la responsabilidad del control en las mujeres. Ellas, que supuestamente son pasivas por naturaleza, sin la avidez sexual de los varones, tienen la posibilidad de poder controlarse, los hombres no, pues ellos sólo responden a su naturaleza. Los hombres consideran que irán tan lejos en la práctica sexual como las mujeres se los permitan. Si de ello resulta un embarazo no deseado, no es responsabilidad del varón, sino de ellas porque no se cuidaron. Es irresponsable también respecto a la propia salud y la vida, ya que la obligatoriedad de esta sexualidad los expone a enfermedades de transmisión sexual y al contagio del VIH/SIDA, pues aunque en el momento de la oportunidad sexual no tengan a la mano protección alguna (un condón), no será de hombres rechazarla.

La demostración, como motor de la sexualidad masculina, se mantiene a lo largo de la vida

Durante la adultez, si bien estas características no se muestran tan evidentes, puesto que la mayoría de hombres ha comprobado su hombría mediante la unión con una mujer y la procreación de hijas e hijos, muchas de ellas se han enraizado. Para ese

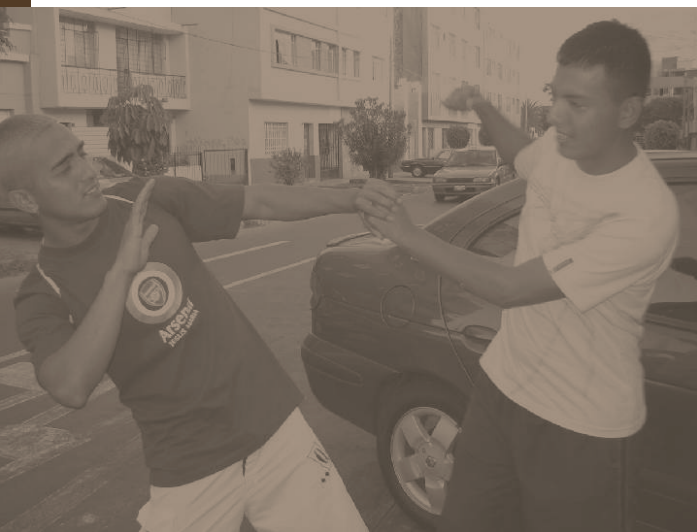
entonces no necesariamente estarán los pares para calificarnos de homosexuales, si no se cumple con los requisitos que se exige al verdadero hombre, los "otros" se han interiorizado y jugarán el rol de autoconciencia, cuestionándonos permanentemente sobre nuestra hombría.

Así, estarán los autocuestionamientos sobre la frecuencia de los actos sexuales que un verdadero hombre debe mantener. El problema para muchos hombres es el de tener que llegar a acuerdos con sus parejas para entablar relaciones sexuales y que no siempre haya coincidencias. Esto puede llevar a la violencia sexual contra la mujer, a la búsqueda de relaciones paralelas o de la prostitución.

También es frecuente la práctica de la masturbación, la cual no tendría ningún problema

si no es vivida con grandes sentimientos de culpa y de desvalorización. ¿Por qué esto? La masturbación es aceptada culturalmente en la primera etapa de la adolescencia como los primeros pasos para la exploración del placer sexual. Pero inmediatamente después está la exigencia de conquistas sexuales. La masturbación culturalmente es relegada a aquellos que no tienen esa capacidad y, por tanto, son considerados menos hombres y son ridiculizados. En ese sentido resulta socialmente cuestionable que un hombre adulto recurra a la masturbación, pues denota incapacidad para someter sexualmente a su pareja y para conseguir relaciones paralelas que llenen sus necesidades sexuales. Subsisten además los mitos sobre la masturbación como causante de diversos males, incluso la locura, incentivada por pseudo médicos, o por la jerarquía eclesial a falta de argumentos morales y religiosos convincentes para prohibirla.

Subsiste el sentimiento de inseguridad, en mayor o menor medida, a nuestra propia capacidad sexual, lo cual produce el pánico a la desvalorización y al ridículo total por el temor a que otros hombres más viriles que nosotros accedan sexualmente a nuestra pareja. El terror a la infidelidad estará siempre presente. Por ello mismo, acrecienta nuestra inseguridad el hecho que nuestra pareja repetidamente tome la iniciativa en las relaciones



La demostración, como motor de la sexualidad masculina, se mantiene a lo largo de la vida

sexuales, pues inmediatamente nos asalta las dudas de no poder saciarlas y que ellas busquen relaciones extramaritales.

Acrecienta también la inseguridad masculina que ella haya tenido otras parejas sexuales anteriores, pues inmediatamente nos sentimos comparados sexualmente, y en esa comparación nos imaginamos siempre perdedores. Necesitamos saber permanentemente si nuestras parejas disfrutaban sexualmente, no tanto por el hecho mismo, sino por alimentar nuestra seguridad de que somos capaces de producirlo. Es por eso que un buen número de mujeres, incluyendo eso y a pesar de no disfrutarlo, fingen orgasmos para mantener alta nuestra autoestima

Esta manera de vivir la sexualidad masculina, tiene fuertes costos para nosotros los hombres, también en el cuidado de nuestra salud sexual. A los riesgos que corremos en las prácticas sexuales sin protección, que ya comentamos anteriormente, está la no búsqueda de ayuda médica especializada ante una infección de transmisión sexual, por ejemplo, o ante una disfunción sexual. Un sector de hombres no acuden a los servicios de salud porque temen ser evaluados o comparados en su masculinidad por parte de los médicos con un prototipo de lo que se considera un "verdadero hombre", en relación a características físicas centradas, por ejemplo, en el tamaño de sus genitales o en la puesta en cuestión de su

comportamiento sexual. Entonces se automedican, y solo acuden a los servicios de salud cuando el mal se agrava. En ese mismo sentido está la reticencia a acudir a los exámenes de despistaje de cáncer a la próstata por la manera en que estos necesariamente se realizan, es decir mediante el tacto rectal, pues inmediatamente salta la imagen del homosexual y se revive el constante temor a ser feminizados.

La manera cómo se ha construido la sexualidad masculina, si bien por un lado es fuente de poder sobre las mujeres y sobre otros hombres más débiles, trae consigo fuertes malestares y costos muy altos, muchos de estos pagados con la propia vida. Los hombres debemos ser capaces de disfrutar la propia sexualidad, como una forma de recreación y no una imposición a nosotros mismos y a otras personas. Si la sexualidad deja de ser una competencia violenta entre varones; si ser hombre implica ser quien soy y no lo que dicen que debo ser, la sexualidad se viviría con menos angustia, lo que la convertiría en un espacio de enriquecimiento humano y de disfrute de la vida.

¡Busquemos una nueva forma de ser hombre, más constructiva, creativa y afectiva!

La violencia contra la mujer constituye una manifestación de relaciones de poder históricamente desiguales entre el hombre y la mujer, que han conducido a la dominación de la mujer y a la discriminación en su contra por parte del hombre e impedido el adelanto pleno de la mujer, y que la violencia contra la mujer es uno de los mecanismos sociales fundamentales por los que se fuerza a la mujer a una situación de subordinación respecto del hombre.

Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer
Resolución de la Asamblea General 48/104 del 20 de diciembre de 1993

3. LA MASCULINIDAD Y LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER



3.

LA MASCULINIDAD Y LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER

Respecto a la violencia también hemos escuchado o utilizado frases que reflejan nuestras creencias:

“Los hombres somos violentos por naturaleza”

“A mí no me gusta pegarle, pero ella me provoca”

“Mi carácter es así, no me puedo controlar”

“Las mujeres también violentan a los hombres”,

Siempre usada de manera defensiva cuando se alude a la violencia de los hombres contra las mujeres.

“Sí no me acepta cuando le pido sexo, entonces para qué es mi esposa”

También se utilizan otras frases de manera secreta sólo con los amigos, pues dada la condena oficial a la violencia contra la mujer, ya se considera que es políticamente incorrecto pronunciarlas ante cualquier público:

“Siempre es necesario darle su chiquita a la mujer para que recuerde quién manda”

“Pégale de vez en cuando; si tú no sabes por qué, ella sí que lo sabe”

:Cada vez hay más hombres que hacen condena pública de la violencia hacia la mujer, sin embargo, la ejercen cotidianamente y usan como justificación, algunas de las frases arriba mencionadas.

¿Violencia es lo mismo que agresividad?

¿Seremos los hombres violentos por naturaleza porque, como afirman algunos, la mayor presencia de testosterona nos hace más violentos?

Es probable que por esa razón, en general, los hombres tengamos en promedio una potencialidad

agresiva mayor que la de las mujeres, pero eso tiene muy poco o nada que ver con el ejercicio de la violencia. Puesto que la agresividad es una manifestación básica en la actividad de los seres vivos que sirve para adaptarnos a un medio adverso, preservar nuestra vida o superar los obstáculos que impiden satisfacer nuestras necesidades fundamentales. Pero la violencia no es sólo un conjunto de agresiones, sino que éstas tienen una intencionalidad, la de someter, dominar al otro, quebrar la voluntad del otro u otra en beneficio de nuestros intereses, Y todo esto nada tiene de natural, sino que lo hemos aprendido, forma parte de una cultura .construida socialmente.

Tampoco basta el deseo de violentar a la otra persona, pues para que esto ocurra tiene que existir un desnivel de poder a favor de quien violenta, de lo contrario, sería un acto suicida. Este mayor poder es producto de una mayor fuerza física, psicológica, económica y/o política (cuando existe una institucionalidad que justifica y respalda dichos actos).

La construcción social de la masculinidad y la violencia contra las mujeres

La manera en que hemos construido nuestro género masculino y nuestra sexualidad, vista en

los dos primeros capítulos, está íntimamente enlazada con el ejercicio de la violencia de los hombres contra las mujeres.

Si desde cuando niños los hombres hemos interiorizado que parte esencial de ser varón es mantener autoridad sobre las mujeres y tener el privilegio de recibir servicios de ellas, porque aprendimos que somos superiores a ellas. Y cuando no logramos imponernos en casa somos ridiculizados por los demás con el apelativo de "saco largos" o "pisados", es decir unos "menos hombres". ¿Qué pasa entonces cuando las cosas no ocurren como esperábamos? ¿Qué pasa, por ejemplo, cuando no encontramos nuestra camisa planchada? reclamamos por ello airadamente a nuestra esposa y recibimos como respuesta "Acaso soy tu sirvienta, no ves que estoy ocupada ¿no tienes manos para hacerlo?". O en el caso que



nuestra pareja discute una decisión que queremos imponer al margen de la voluntad de ella.

Cuando somos adultos ya no hace falta que los amigos se rían de nosotros, estos "otros" están interiorizados, es decir, nosotros mismos nos preguntamos si seremos verdaderos hombres: "si no mando en mi casa no soy suficientemente hombre, y si no soy hombre entonces ¿qué soy?".

Como hemos aprendido también a no darle valor al trabajo doméstico que realizan las mujeres, y sólo considerar como trabajo el que realizamos fuera de casa y por el que obtenemos una remuneración, entonces pensamos "¡todo el día trabajo y esta mujer no hace nada, y encima se niega a hacerme las cosas!". Sin embargo, la desvalorización del trabajo de la mujer

muchas veces se extiende incluso al que ella realiza fuera de casa y por el cual recibe un pago, porque lo que ella haga en un espacio que supuestamente no le corresponde como es la calle, siempre será considerado secundario, aunque el ingreso de la mujer sea mayor.

En el momento en el que percibimos que nuestra autoridad es cuestionada, sentimos que nuestra identidad como hombres se quiebra. Entonces, a pesar que estamos enterados que pegar a las mujeres es incorrecto, en segundos ponemos como en una balanza, en un platillo nuestro sentimiento de culpa porque violentar a la mujer es incorrecto, y en el otro nuestra identidad como autoridad, como superior, como hombre. Este último pesa mucho más y decidimos violentarla. De esta manera buscamos restablecer el poder que se nos escapa, a pesar del precio que nos acarrea (del que son concientes muchos agresores): el alejamiento de la pareja, el quiebre del vínculo afectivo, la ruptura de la relación, etc.

Si le preguntamos al hombre que violenta, qué sintió en el momento en que él consideró que su autoridad era desafiada, sólo expresará el único sentimiento que le fue permitido expresar desde niño: cólera, rabia. Sin embargo, el sentimiento fundamental no reconocido que precede a la mayor parte de los actos violentos es la vergüenza, es decir, el temor al ridículo, a la desvalorización como hombre.



Hay otros sentimientos, como por ejemplo el miedo o el dolor, que anteceden al ejercicio de la violencia, pero que tampoco son reconocidos, porque los hombres hemos interiorizado desde niños que son femeninos, y también son confundidos con la ira. Estos sentimientos son más frecuentes en hombres con una experiencia en la niñez de mucho maltrato y humillaciones. Principalmente, cuando no pudieron relacionar la violencia recibida de parte de sus padres con algún acto que ellos pudieron haber cometido. Entonces ellos asumen que no es el acto cometido el condenable, sino ellos mismos son los condenables y los que no son merecedores de cariño, desarrollando una autoestima muy baja. Estos hombres tienen una suspicacia a flor de piel, e interpretan una serie de actos, que para otros hombres con mayor seguridad personal son indiferentes, como atentatorios a su identidad masculina y deciden luchar violentamente por mantenerla. Muchos actos de sus parejas les hacen revivir momentos de dolor o de miedo, y ahora que tienen poder no permitirán ser heridos nuevamente a través del abandono o el desamor.

Así por ejemplo, un hombre de estas características llega a casa y la esposa no le sirve la comida. Además de interpretar que no se respeta su autoridad, a través de un servicio que él considera tiene el privilegio de recibir, y de sentir vergüenza por ello, simultáneamente interpretará "ya no, le

intereso", "ya no me quiere", "seguramente está pensando en otro", "me quiere abandonar". Revive entonces el dolor del desamor de su infancia y el miedo al abandono, y sin darle oportunidad de nada ejerce violencia contra ella, para evitar lo que supone se está maquinando contra él. Desarrolla violencias preventivas "para que me tenga miedo y no se atreva a dejarme". En muchos casos los temores se vuelven "profecías autocumplidas", pues si entonces a las mujeres no se les ocurría abandonarlo y menos con otro, poco a poco lo harán para sobrevivir.

Sin embargo, no sólo hombres con estas características violentan a sus parejas. Cualquier hombre que comparta creencias machistas, es decir de superioridad de los hombres sobre las mujeres y que por eso espere servicios de ellas, puede ejercer violencia contra ellas. Probablemente, no con la frecuencia de los anteriores, pero posee el recurso para hacerlo.

La mayoría de agresores sólo son violentos en casa. Es por eso que sorprende al enterarnos que "Pedro" nuestro compañero de trabajo, tan respetuoso, calmado y servicial con todos, ha sido denunciado por su pareja por violencia. Si fuera cierto que existe una incapacidad de control, por lo que estaríamos hablando de alguna enfermedad mental, tampoco sería capaz de controlarse en cualquier ambiente y ante cualquier persona. Sólo lo hace con quienes

tienen menos poder y de quienes espera servicios por su posición de autoridad.

Si bien, la mayor parte de la violencia se dirige contra las mujeres, también puede orientarse hacia los hombres considerados más débiles o que no se ajustan al modelo heterosexual. Como vimos en los dos primeros capítulos, la masculinidad se construye en base a pruebas, lo que produce una sensación permanente de inseguridad. Una de las formas de aliviar esa sensación es poniéndonos por encima de los demás hombres, a través de la competencia con ellos, probando que "soy más macho que ellos" o feminizando a los otros para sentirnos, en comparación, como el "verdadero hombre". Esta práctica lleva a la violencia contra otros hombres más débiles con la intención de someterlos y, de esta manera, incrementar la seguridad de nuestra hombría.

¿La violencia contra la mujer es sólo física o sexual?

Generalmente pensamos que la violencia sólo se restringe a los actos de agresión física o sexual, sin embargo, la violencia contra la pareja también es de índole emocional o psicológica. Este tipo de violencia está naturalizada, es decir, nos parece una manera normal de relacionarnos y la ejercemos sin remordimientos. No obstante, los estragos que produce, tanto en las mujeres como en las hijas e hijos, son devastadores. Estos actos también son ejecutados desde una posición de mayor poder y con la intención de someter, de quebrar la voluntad de la otra persona en función de nuestros deseos e intereses y de negarle la calidad de otro u otra.

Múltiples son las acciones de violencia psicológica, aquí algunos ejemplos:

Es frecuente escuchar decir "esa mujer está loca, habla y se enfurece, pero yo no la escucho, no le digo nada, incluso me doy la vuelta y le dejo hablando sola". Hay dos tipos de silencio: uno es el respetuoso, cuando nos callamos para escucharla y considerar su punto de vista. Frente a eso la otra persona siente que es tomada en cuenta. El otro es un silencio violento, cuando no la escuchamos, y



La construcción social de la masculinidad y la violencia contra las mujeres

le hacemos entender que su opinión no vale para nosotros, buscando con ello desvalorizarla.

Hay quienes dicen “cuando me molesto con ella, evito violentarla, lo que hago es patear la puerta o tirar al suelo cosas”. Es muy probable que estas personas alguna vez usaron la violencia física contra ellas. Lo que hacen ahora es, con esos actos, recordarles que, si no se someten, les podría suceder nuevamente lo que les pasó hace un tiempo.

Hombres controladores que llevan y recogen a sus parejas de sus trabajos, y las llaman constantemente por teléfono. Al principio puede resultar halagadora esta rutina, pero luego la mujer se sentirá asfixiada. Cuando le reclama al hombre, éste presentará las cosas como producto del amor que le profesa, cuando su propósito es el control. Mientras ella se sentirá culpable de haberse quejado.

Los que desvalorizan sistemáticamente las opiniones de las mujeres haciéndolas sentir que nunca tienen la razón, impactando desfavorablemente en la autoestima y la autocrédibilidad. Con ello provocan la inseguridad de ellas y que dependen de la opinión de los hombres.

Los requerimientos abusivos solapados que apelan a roles femeninos tradicionales como, por ejemplo, ante el deseo de ellas de retomar sus estudio o su trabajo se usan argumentos tales como “no es de una buena madre descuidar a sus hijas e hijos”, y de esta forma las desaniman en sus intentos de desarrollo personal y no pierden sus atenciones.

A la vez que los hombres machistas producen mucho dolor a sus parejas, hijas e hijos con sus demostraciones del mal uso del poder, también se producen a si mismos dolor y, cada vez más, sienten que están perdiendo, pues se están quedando solos. Si los hombres no cuestionamos nuestras creencias de lo que es ser hombre, si seguimos esperando servicios de las mujeres, si permanentemente necesitamos demostrar nuestra hombría, la violencia siempre estará presente e impedirá que entablemos relaciones gratificantes para nosotros mismos y para nuestros seres queridos.

El poder que acumulamos en base a la violencia de nada nos sirve si nos quedamos solos, si construimos barreras infranqueables de dolor, resentimiento y miedo en relación a nuestros seres queridos.

¡Construyamos un compromiso permanente con la no violencia en el hogar!

Por “Violencia contra la mujer” se entiende todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada.

Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer
Resolución de la Asamblea General 48/104 del 20 de diciembre de 1993

4. CÓMO DETENER LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER



4.

CÓMO DETENER LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER

El proceso dé desechar las creencias machistas que sostienen el ejercicio de la violencia contra las mujeres y el darle un significado más autónomo, menos competitivo y demostrativo al hecho de ser hombre y, al final, más gratificante, es largo, porque lo que hemos aprendido en muchos años y se ha enraizado profundamente en nosotros, no es posible cambiarlo de la noche a la mañana. Sin embargo, es posible empezar este proceso deteniendo la violencia en la casa. Mostraremos algunas pautas indispensables a seguir:

1 No minimizar nuestros actos violentos

Existe la tendencia de no aceptar el malestar de la mujer frente a nuestra violencia con frases tales como "no es para tanto", "si apenas te toqué", "pero si ni siquiera te dolió", etc. Recordar que no hay violencia chica o grande, todas deben ser rechazadas y detenidas.

2 Responsabilizarnos por nuestros actos violentos

No hay nada que haga o diga la otra persona que justifique nuestra violencia. Generalmente echamos la culpa a la mujer de nuestra violencia: "es que tú me provocas", "para qué me levantas la voz", "el que busca

encuentra", etc. Cada persona es responsable de sus actos. Incluso, somos responsables si nos enganchamos o no con esa violencia.

3 No esperar servicios de las mujeres

Quizás este sea uno de los más difíciles de cumplir, porque choca con nuestras creencias de superioridad, de autoridad y de privilegios. No obstante, autosatisfacer nuestras necesidades sin esperar a que ellas lo hagan, es un paso clave que desmonta la mayoría de los conflictos que llevan a que las violentemos.

4 Reconocer nuestras señales previas al ejercicio de mi violencia³

Muy pocos hombres han aprendido a observar su cuerpo y menos aún a identificar sus emociones. En lo que si estamos muy entrenados es en identificar nuestros pensamientos. Momentos antes de ejercer violencia tenemos señales que indican que estamos a punto de agredir y estas son de: pensamiento, de sentimientos y de cuerpo. La

³ Tomado de la experiencia del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias – CORIAC de México y aplicado por el Programa de Hombres que Renuncian a su violencia de Perú.

clave está en aprender a identificar esas señales y una vez que lo hagamos detengamos la violencia:

Señales de pensamiento

Son las ideas que los hombres construimos frente a un conflicto con la pareja ocasionado por ejemplo por un servicio que esperaba de ella pero que no nos fue concedido y lo hacemos desde nuestras creencias de superioridad: "Esta mujer no me respeta", "lo hace a propósito con el fin de provocarme". "me quiere mangonear", "ya no le intereso, seguro que está con otro". "me trata como si fuera un tonto, se burla de mí". etc.

Señales de sentimientos

Son las emociones que nos produce a los hombres el conflicto surgido. Esta es la parte más difícil de identificar, porque desde muy pequeños fuimos reprimidos a expresarlos pues se consideraban femeninos. Entonces el único sentimiento rápidamente identificado es la ira, la rabia. Sin embargo, hay sentimientos presentes como el miedo, el dolor o la vergüenza no identificados, y más importantes que la cólera en el ejercicio de la violencia.

Es muy común que confundamos sentimientos con pensamientos, por ejemplo: "siento que fue injusta conmigo", "siento que quiere

abandonarme", "siento que no me respeta", etc. Lo que en realidad quieren decir estas afirmaciones es "pienso" más que "siento". Una buena forma de diferenciarlos es reemplazar la palabra "siento" por "pienso". Si tiene sentido, es muy probable que sea un pensamiento y no un sentimiento. En el fondo los sentimientos que podían estar detrás de cada afirmación serían: "me siento herido porque fue injusta conmigo", "me siento triste porque quiere abandonarme", "me siento avergonzado porque no me respeta".

Señales de cuerpo

Son las sensaciones corporales cuando enfrentamos un conflicto. En cada hombre serán distintas, unos sentirán que la cara les arde o que le tiemblan las manos, otros, que se le seca o amarga la boca, u otros, tensión en el cuello y hombros o dolor en la boca del estómago. Generalmente tampoco reparamos en estas señales.

Cuando los hombres experimentamos estas señales estamos en una situación que llamamos de "riesgo fatal", pues interpretamos que nuestro poder y autoridad están en peligro y con ello nuestra identidad como hombres está en riesgo de muerte. El identificar las señales toma tiempo y un esfuerzo por observarse. Una forma de ejercitarse en la observación e

identificación es tener un cuaderno, como un diario donde, fuera del momento del conflicto, debemos tratar de escribir nuestras señales.

Es importante darle nombre a cada señal, principalmente a los sentimientos pues, si no los podemos nombrar, es como si no existieran.

5

Al reconocer nuestras señales decidimos hacer el "retiro" o el "tiempo afuera"⁴

El asunto es que cada vez que sentimos alguna de estas señales debemos decirnos fuerte a nosotros mismos y a nuestra pareja "necesito hacer el retiro" o "necesito tomarme un tiempo fuera". Previamente, en un momento cuando no haya conflicto, debemos de haber conversado al respecto con nuestra pareja sobre esta técnica para detener la



violencia, pues si nos retiramos de una discusión sin haberlo conversado con anterioridad, será un acto de violencia más, puesto que nuestra pareja lo interpretará como un hecho que no toma en cuenta lo que ella dice y no estamos dispuestos a escucharla.

Nunca debemos intentar continuar una discusión en esas condiciones, pues no estaremos dispuestos a escucharla, sólo importará lo que nosotros pensemos y sentimos y seguramente terminará en un acto de violencia. Es común pensar "sí lo puedo manejar, sí me puedo controlar", pero cuando estamos en "riesgo fatal" no es posible solucionar un conflicto 'que satisfaga a ambas partes.

Es difícil hacer el retiro porque los hombres consideramos que retirarse ante un conflicto es una señal de debilidad, de mostrar que somos vulnerables y que nos afecta lo que nuestra pareja nos dice o que es de cobardes retirarse de una pelea. Pero, si ya estamos embarcados en el propósito sincero de cambiar ¿es más importante nuestra imagen del "verdadero hombre" o detener la violencia que tanto daño hace a los que nos rodean y a nosotros mismos? Decidamos.

⁴ Esta técnica es utilizada en varios modelos de intervención con hombres que ejercen violencia, tales como en CORIAC de México o también en textos como: Daniel Jay Sonkin y Michael Murphy "Aprendiendo a vivir sin violencia". Ed. Volcano Press. Traducido al español por Jorge Corsi en 1997.

Cómo detener la violencia contra la mujer

También sucede con frecuencia que al principio nuestra pareja no acepte que hagamos el retiro, aunque lo hayamos acordado previamente. Esto se debe a que aún no confía en nosotros, puesto que piensa que queremos evadir el problema que nos plantea, que no nos interesa lo que ella tiene que decir. Cuando ella constate en la práctica que siempre buscaremos conversar luego del retiro y de manera más calmada, empezará a confiar más.

6 El momento del retiro debe ser una oportunidad para tranquilizarnos y entrar en intimidad con nosotros mismos

Debemos salir de nuestras casas por espacio de una hora, pero nunca para buscar a los amigos que entrarán en complicidad con nosotros y nos alentarán a la violencia, tampoco para beber alcohol y menos debemos manejar. Lo mejor es caminar, correr o realizar alguna actividad física. Esto nos ayudará a tranquilizarnos. Luego de una hora, ni más ni menos, busquemos conversar con ella. Si nuestra pareja no quiere conversar, respetemos su decisión y busquemos otro momento donde ella acepte hacerlo. Lo ideal es primero escuchar atentamente lo que ella

tiene que decir, eso desmontará en parte la indignación de la otra persona, porque una de las cosas que alteran más es no sentirse escuchado o tomado en cuenta. Conversemos con ella sobre qué nos hizo enojar, haciéndonos responsable de nuestros sentimientos. Así, por ejemplo, "me sentí enojado porque no sabía dónde estabas" y no "tú me hiciste enojar porque no me dijiste a dónde ibas". Este es un paso importante para luego preguntarnos ¿por qué me siento tan enojado cuando no se dónde está?, ¿será enojo lo que estoy sintiendo?, esto nos permite explorar otros sentimientos como el miedo, el dolor o la vergüenza. Muchos hombres ante una situación similar tienen miedo al abandono, dolor ante el posible desamor, vergüenza ante la posibilidad de que se vaya con otro más hombre que yo. Sin embargo, lo único que identifican, es cólera. Estos sentimientos son desatados ante una mínima información que inconscientemente nos hace revivir situaciones dolorosas de abandono, desamor durante la infancia, o de humillaciones por no demostrar suficientemente nuestra hombría. Son heridas que parecen olvidadas pero están allí jugando permanentemente un papel en la violencia. Cuando logramos damos cuenta de esa asociación, desculpabilizamos a nuestra pareja "no eres tú la causante de estos

sentimientos, sino soy yo que arrastro una historia dolorosa a través de la cual aprendí cómo ser hombre". Entonces, es nuestra responsabilidad buscar formas de resolver nuestro problema.

7 La resolución de conflictos. Qué es negociable y qué no es negociable

Los conflictos son normales en cualquier interacción personal o social, puesto que somos individualidades diferentes, con gustos, intereses, opiniones y objetivos distintos. Esto hace que no siempre estemos de acuerdo. Para resolver un conflicto hay dos opciones, una es mediante la negociación donde ambas partes cedemos algo y llegamos a un acuerdo que satisfaga en buena medida a cada una. Sin embargo, para que esto ocurra tiene que ser una negociación entre iguales. La otra forma de resolver el conflicto es de manera violenta, es decir, que una de las partes imponga por la fuerza sus intereses y sea la única que salga satisfecha. La base para que esto último ocurra es la existencia de un desbalance de poder. Generalmente, la violencia que ejercen los hombres contra las mujeres es la forma de resolver un conflicto en función sólo a sus intereses y a su voluntad, sin tener en cuenta lo que las otras personas sientan, piensen o deseen. Y los hombres que

violentan pueden hacerlo de esta manera porque tienen más poder que las mujeres.

No es que a estos hombres no les importe los sentimientos de las mujeres, lo que comúnmente ocurre es que al no ser sensibles con ellos mismos, al tener la incapacidad de identificar sus sentimientos, menos podrán identificar los sentimientos y necesidades de las otras personas. El negociar en igualdad de condiciones, además de renunciar al poder y posición de autoridad lo cual es fundamental, también requiere lograr empatía con la otra persona. Es decir, tener la capacidad de ponerse en los zapatos de la otra persona y ser sensible a sus sentimientos, sólo de esa manera se llegará a resolver un conflicto de manera que satisfaga a las dos partes.

Otro tema importante es respecto a que muchos hombres piensan que todo es negociable en relación a la vida de las mujeres. Es decir, quieren discutir o imponerse sobre asuntos que le conciernen sólo a las mujeres y, por tanto, son causa de muchos conflictos resueltos de manera violenta. Así, por ejemplo, quieren discutir si ella va a visitar o no a sus familiares, si visita o no a sus amistades, si continúa o no sus estudios, si busca o no trabajo fuera de casa. Todos ellos forman parte de los derechos fundamentales de la persona humana, consagrados por las constituciones de cada país y protegidas por

Cómo detener la violencia contra la mujer

las leyes, las cuales no son negociables. Por tanto, se ubican en el ámbito de las decisiones autónomas de cada persona. Lo único que podrían esperar es que les informen de esas decisiones, puesto que les interesa y les preocupa la seguridad y el bienestar de cada miembro de su familia.

¿Qué asuntos son negociables? todo lo que tenga que ver con la marcha de nuestro hogar frente a lo cual debemos tomar decisiones conjuntas. Por ejemplo, la educación de nuestros hijos e hijas, la economía del hogar, la construcción y/o remodelación de nuestra vivienda, los lugares y el momento de salir de paseo con toda la familia o nosotros como pareja, nuestras relaciones sexuales, las decisiones reproductivas, etc.

Negociar en un plano de igualdad nos puede resultar difícil a la mayoría de los hombres, porque nos hemos acostumbrado a imponer o a negociar desde un plano de mayor poder. Algunas de nuestras negociaciones resultan ser chantajes, como por ejemplo, el condicionar la entrega del ingreso semanal a que ella acepte mis requerimientos sexuales cuando no tiene deseos. También decimos que llegamos a acuerdos, cuando lo que hicimos fue imponernos, interpretando el silencio de ella como una aceptación, cuando en realidad se trata de temor a nuestras represalias.

Sólo renunciando a nuestros privilegios, asumiendo que la autoridad en casa debe ser compartida en igualdad con nuestras parejas, llegando a acuerdos con nuestras hijas e hijos, y teniendo en cuenta los intereses de todas y todos, se puede construir una autoridad democrática. Frente a eso escuchamos decir: "Es que siempre tiene que existir una autoridad, y si no mando yo manda mi mujer", lo que pasa es que hemos aprendido del modelo dictatorial, donde una persona es la que manda y los demás obedecen, y no se nos ocurre que la autoridad puede compartirse.



También decimos con frecuencia "Es que si no me impongo, mis hijas e hijos me faltarán el respeto", responde al mismo patrón autoritario, de pensar que quienes no ostentan autoridad no tienen capacidad de opinión y menos de decisión. Nos es difícil aceptar que los acuerdos deberían tomarse logrando consensos y que se puede llegar a acuerdos aún con los(as) más pequeños(as). Si lo que hacemos es imponemos por el simple hecho que somos la autoridad, nuestras hijas e hijos sólo acatarán las órdenes por miedo al castigo y no con la convicción que hacen las cosas en provecho de todas y todos. El miedo se acaba cuando los demás se sienten más fuertes, entonces la violencia cambia de sentido.

Si, además, en los acuerdos que tomamos en conjunto también nos involucramos y no sólo ordenamos, nuestra autoridad será aun más legítima. Esto es lo que verdaderamente nos generará el respeto y el reconocimiento como verdaderos hombres.

¡Rompamos el círculo vicioso y demosle una formación diferente a nuestros hijos, como hombres respetuosos de los derechos de las mujeres y en relaciones igualitarias con sus parejas!

¡Hagámoslo por nuestro propio bienestar y de las personas que más queremos!

BIBLIOGRAFÍA

AMOROS, Celia. Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales. En: Maquieira, Virginia y Sánchez, Cristina (Compiladoras). Madrid: Pablo Iglesias, 1990. Pp.1 – 15.

BONINO, Luis. Develando los micromachismos en la vida conyugal. Una aproximación a la desactivación de las maniobras masculinas de dominio. En: Corsi, Jorge, et al. Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención. Buenos Aires: Paidós, 1995. Pp. 191-208.

BOURDIEU, Pierre. La dominación masculina. Barcelona: Anagrama, 2000.

CASTAÑEDA, Marina. El Machismo Invisible. México D.F: Grijalbo, 2002.

CONNELL, R. W. Masculinidades. México D.F: PUEG-UNAM, 2003.

CORIAC. Manual del Facilitador. Programa de hombres renunciando a su violencia. México D.F: CORIAC, 2002.

CORSI, Jorge. Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar. Violencia Familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un gran problema social. Buenos Aires: Paidós, 1994. Pp. 15 – 63.

CORSI, Jorge, et al. Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención. Buenos Aires: Paidós, 1995.

HERNÁNDEZ, Juan Carlos. Sexualidad Masculina y Reproducción. ¿Qué va decir papá?. Mimeo. Coloquio Latinoamericano sobre Varones, Sexualidad y Reproducción. Zacatecas, 1995.

DUTTON, Donald y GOLANT, Susan. El golpeador. Un perfil psicológico. Buenos Aires: Paidós, 1997.

FULLER, Norma. Masculinidades. Cambios y permanencias. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001.

JACOBSON, Neil y GOTTMAN, John. Hombres que agreden a sus mujeres. Cómo poner fin a las relaciones abusivas. Barcelona: Paidós, 2001.

KAUFMAN, Michael. Hombres. Placer, poder y cambio. Santo Domingo: CIPAF, 1989.

KAUFMAN, Michael. Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José (editores). Masculinidad/es. Poder y crisis. Santiago de Chile: Isis Internacional, FLACSO Chile, 1997.

KIMMEL, Michael. Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José (editores). Masculinidad/es. Poder y crisis. Santiago de Chile: Isis Internacional, FLACSO Chile, 1997. Pp. 49 – 61.

LAGARDE, Marcela. Identidad de Género. Mimeo. Curso ofrecido en el Centro Juvenil Olof Palme. Managua: OCSD-OIT-OPS-AOS, 1992.

MARQUÉS, Joseph-Vicent. Varón y patriarcado. En: Valdés, Teresa y Olavarría, José (editores). Masculinidad/es. Poder y crisis. Santiago de Chile: Isis Internacional; FLACSO Chile, 1997. Pp. 17 – 30

OLAVARRIA, José. ¿Hombres a la deriva?. Poder, Trabajo y Sexo. Santiago de Chile: FLACSO, 2001.

PALOMINO, Nancy; RAMOS, Miguel; VALVERDE, Rocío y VÁSQUEZ, Ernesto. Entre el Placer y la Obligación. Derechos sexuales y reproductivos de mujeres y varones de Huamanga y Lima. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia; Population Concern, 2003.

RAMOS, Miguel; CHIRINOS, Jesús y VÁSQUEZ, Ernesto. Servicios de salud sexual y reproductiva para varones desde la mirada masculina. En: La Investigación en Salud Sexual y Reproductiva. Propuestas metodológicas y experiencias. La Habana: Publicaciones Azucareras, 2004. Pp. 94 – 113.

RAMÍREZ, Felipe Antonio. 2000. Violencia Masculina en el Hogar. México, D.F: Pax México, 2000.

SONKIN, Daniel Jay; DURPHY, Michael; Corsi, Jorge, trad. Aprender a vivir sin violencia. Manual para hombres. Ed. Volcano Press, 1997.

VILLANUEVA, Nancy. Socialización y comportamiento infantil según el género. Mitológicas, Vol 12. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana, 1997. Pp. 33 – 43.

